No obstante las muchas dificultades con que tuvo que luchar, la tercera Junta superior gubernativa trabajó asiduamente durante los ocho meses no completos de 1823 en que tuvo a su cargo la administración de la provincia. Conforme al reglamento que se dió a sí misma trabajaba seis horas y media al día, de las ocho de la mañana a las doce, y de las tres y media de la tarde hasta las seis, debiendo pagar sus miembros, cuyos emolumentos eran de un peso diario, la multa de un real por cada hora de ausencia. Aquellos próceres consideraban el ejercicio del gobierno como una dura obligación, como un sacrificio patriótico; y al revés de lo que hogaño sucede, mostraban gran desinterés en el cumplimiento de sus deberes.

La Junta dictó providencias para impedir el contrabando por el puerto de Puntarenas, decretó el levantamiento de un censo de la población, hizo estudiar el trazado de una nueva vereda al puerto de San Juan del Norte, impulsó la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, reorganizó las milicias de la provincia y creó la Diputación de minería, además de otras medidas importantes ya relatadas.

R. Fernández Guardia

¿Nos hallamos ante otra guerra mundial o frente a una revolución que amenaza a todas las naciones del mundo?

El mundo o nada

(Condensado de "The Atlantic Monthly")

Por Herbert Agar

Nunca alcanzaremos a formar concepto cabal de la historia de nuestro tiempo si, al considerarla, vemos en la agonía de hoy "una nueva guerra europea". Lo que sucede en realidad es, que el mundo atraviesa por una revolución, de la cual viene a ser el presente conflicto mero episodio, simple indicio de que las armas más peligrosas del arsenal revolucionario dejaron

---

judíos conversos ambos. De la conquista de América datan bastante apellidos de procedencia. Se daba el caso de que dos o más soldados de una expedición tenían el mismo nombre de pila y ninguno de familia. Entonces, para distinguirlos, inscribían a uno como Juan de Segovia, a otro como Juan de Avila y a un tercero como Juan de Toledo, conforme al lugar de su naturaleza, y los hijos de estos humildes soldados sin apellido adoptaban los que así les dieran sus conmilitones o los escribanos. En la época de la Independencia, muchos de los descendientes de esos oscuros conquistadores sacrificaron su "partícula nobiliaria" en aras de la democracia! Don Miguel de Unamuno dice sobre la materia, refiriéndose a Juan Montalvo: "¡Qué de vueltas le dió aquello de que Veintemilla no se firmase Ignacio de Veintemilla! Suponía, equivocadamente, que ese **de** presupone en los españoles que lo usamos ante los apellidos solariegos—no los patronímicos—pretensiones de nobleza de linaje. Y no hay tal. En España no significa tal cosa".

de surtir el efecto apetecido. Comprende ese arsenal entre sus elementos la intimidación y el soborno, según pudo verse en los Países Bajos y en los Balcanes; la presión económica y la intriga traidora, como lo hemos visto en la América del Sur. No faltan entre ellos las protestas melosas de amistad, con que se halaga a las naciones que la revolución no se propone aniquilar, por el momento. Y cuentan, ante todo, esas incitaciones que hallan eco en el descontento y en la confusión reinantes dondequiera.

Los orígenes de esta revolución hay que buscarlos en la desvergüenza y en el desaliento que, de años atrás, han ido cundiendo por el mundo. No es revolución a la cual sirva de bandera una idea nueva y grande; ni de la cual pueda presumirse que, pasados los primeros excesos, se asiente y consolide en un orden de cosas que sea tolerable. Antes bien, y según lo implicaron sus comienzos, es movimiento enderezado a destruir las causas grandes; revolución que sostiene que no hay ley, humana o divina, que haya de respetarse en su mundo flamante y bravío. Unicamente la fuerza es acreedora a que se le rinda culto; nade es ilícito, si sirve al fin que se busca: la dominación.

Suponer que esa revolución que encarnan las naciones del Eje pueda llegar a convertirse, ya apaciguada, en algo aceptable, es olvidar la más elemental y universal de las leyes de la Historia. Emerson la expresa concisamente en estos términos: "El fin preexiste en los medios". Edward Lindeman la condensó así: "Seremos lo que hagamos". Todo lo cual entraña que no puede seguirse bien alguno del empleo de medios atroces.

Los que se han empleado y se emplean para prosperar esta revolución consisten en el dolo, el asesinato, el chantaje, la tortura y la esclavitud, así del alma como del cuerpo. Lo permanente, o sea, el fin que sigue a medios tales, es . . . ¡el régimen en que impera la Gestapo!

Poca perspicacia muestran quienes, al pensar en un mundo regido por el Eje, se dicen: bien; ya habrá modo de entenderse". Pues ello equivale a sostener que una persona normal podría vivir en un presidio o en un manicomio y entenderse con los criminales o con los dementes.

Cuanto esta revolución destructora, que se lleva adelante por medio de la tortura, puede engendrar es: un mundo en el cual concurran los peores atributos del presidio y del manicomio. Aun suponiendo que Hitler llegara a engañar y a burlar a todos los habitantes del planeta, aún se erguiría frente a él y frente a su obra la Historia, que es insobornable. Acaso enmudezcan en presencia del dictador nacista todas las demás leyes; no callará, empero, aquella que dice: "el fin preexiste en los medios".

Esta revolución lleva a la esclavitud. No combatirla es lo mismo que aceptar su obra demoledora; es traicionarnos a nosotros y a nuestros descendientes por generaciones de generaciones. De suceder así, algún día, en algún lugar de la tierra, emprenderá el hombre de nuevo la ascendente jornada que aparta de la esclavitud. Pero nada nos cabría entonces del esfuerzo y de la gloria de esa jornada a nosotros, de quienes habría dicho ya la Historia que, pudiendo combatir contra el enemigo cuando la ocasión era aún favorable, preferimos dejar que se enseñoreara del mundo y lo condujera a la ruina.

Si de lo moral pasamos a lo económico, hallaremos también pruebas del carácter destructor de esta revolución. No han creado las naciones del Eje un nuevo orden en este terreno; cuanto han hecho es, perfeccionar un sistema en el cual resulta la guerra un negocio que cubre sus gastos. Los millones de desempleados, vergüenza del capitalismo, pasan ahora al cuartel o a las fábricas de armas. Sigue a esto una época en que se habla de "cañones en vez de mantequilla". Cuando hay fusiles en número suficiente, cada soldado empuña el suyo, y todos juntos pasan la frontera, a fin de buscar allende la mantequilla que no hay en casa. Berlín se ufana de que sus raciones de mantequilla sean más abundantes que las de Londres; no dice empero, que esa mantequilla se la quitó a las naciones cuyos cadáveres circundan las fronteras del Tercer Reich.

No: no es éste del Eje un nuevo orden económico. Y no lo es, porque vive de la expansión indefinida. Nación que exporta soldados en vez de mercaderías; que da de sí atropellos en vez de servicios; que se vale del pillaje antes que del comercio para conseguir lo que ha de importar, es nación condenada a no detenerse jamás en la conquista. Expandirse o perecer: he ahí su destino.

En lo material, lo mismo que en lo espiritual, esta revolución nihilista vive de la muerte. En el punto y hora en que no pueda apoderarse de más provisiones, de más combustible, de más esclavos, la veremos venirse abajo. A esto se debió que Austria, una vez conquistada, no fuera bastante (aunque Hitler había prometido que lo sería); que los territorios arrebatados a Checoeslovaquia resultaron insuficientes (aunque Hitler había jurado que eran su última aspiración); que Polonia y las pequeñas democracias de la Europa septentrional y la misma Francia tampoco alcanzaron a saciar el apetito de conquista que aun sigue vivo, después de haber apelado al chantaje para apoderarse de Bulgaria; a la traición para someter a Rumania; a las armas para sojuzgar a Grecia y a Yugoeslavia. A esto igualmente se debería que el Imperio Británico y la Ucrania y Turquía, de caer en manos de Hitler, tampoco lo saciaran.

Ni lo saciaría la América del Sur. Esta revolución es un azote; es el cólera-morbo de la civilización. Si no se le contiene, seguirá propagándose en tanto haya un cuerpo sano que pueda inficionar.

Ciertamente, según lo advierten los contemporizadores, toda epidemia cesa tarde o temprano. Pero ésta cesaría cuando ya hubiera acabado con sus víctimas. Puede que, entonces, ese "nuevo orden" de esclavitud durara mil años, conforme a lo que Hitler se promete. En todo caso, el punto principal es, que la revolución del Eje no puede, por su misma índole, detenerse ante límite alguno; se lo impiden los principios morales y económicos que forman su esencia.

Irónico parece que haya de este lado del Atlántico gentes que juzgan que tal revolución no llegará jamás a nuestras playas. No solamente es ese movimiento incapaz de detenerse antes de haber dominado al mundo o de haber quedado vencido por él; sucede, por añadidura, que el Nuevo Mundo

sea su natural enemigo. Hay aquí riquezas, y esa revolución vive del saqueo; perdura aquí la tradición de la libertad, y esa revolución necesita extender la esclavitud para sostenerse. Sus caudillos sienten por América odio nunca igualado; desprecian a los habitantes de continente tan rico en forma que sólo es capaz de inspirar la envidia.

En cuanto el Nuevo Mundo represente y sostenga algo, representará y sostendrá algo que es el polo opuesto del mundo que ha encarnado en esos hombres. ¡Triste día para América aquel en que ellos llegaran a dominar en el Atlántico! Y a ello llegarían si los Estados Unidos consintieran que le cupiese al Imperio Británico suerte igual a la del francés.

El sucinto examen que acaba de hacerse del linaje de esta revolución puede ayudar a responder a los argumentos de los que, sosteniendo que a los Estados Unidos les es dable componerse con el enemigo, discuten aún a estas fechas la posibilidad de que la nación norteamericana permanezca "al margen del conflicto".

No está en la mano de nadie permanecer "al margen del conflicto" cuando éste es una revolución mundial. Ante ella cabe resistirle o aceptarla, pero nunca negarnos a reconocer que es lo que es.

Con la serenidad y discreción que le son geniales, Anne Lindbergh se ha expresado en estos términos al dirigirse a sus compatriotas "¿No nos acercaría más al logro de nuestro propósito que respaldáramos a una Inglaterra no vencida, a fin de que negociara la paz en vez de empujar a un imperio que se halla en graves dificultades hacia el camino de su ruina?"

Tal pregunta implica necesariamente que quien la hace ve en la guerra actual una contienda cuyo alcance no trasciende del que tendría el conflicto en que los beligerantes se disputaran la posesión de Alsacia y Lorena o del Camerún. Pero, ¿qué "paz" podrá negociarse con gentes que triunfan por medio de la tortura y del terrorismo ¿que "paz" podrá haber con quienes le niegan al hombre toda ocasión de pensar por su cuenta o de regirse por una moral suya propia?

El nacismo no trata de reformar la democracia capitalista: está asesinándola. No le ofrece al mundo una filosofía nueva y vital; le trae la esclavitud y el pillaje. Su revolución proclama como principio cardinal de vida que "la guerra es en sí misma la forma más primitiva de la existencia". Negociar con quienes predican este evangelio de ruina, es ir a la muerte. Tendremos, en cambio, vida si sabemos tener fe en la Humanidad; lo cual es condición indispensable para tener fe en los destinos de América.

"Algo ha concluído", escribió Hitler. Según él, este "algo" es la breve época de la democracia moderna, que empezó con la invención de la máquina de vapor y que ha de terminar con la del aeroplano de bombardeo. Siente Hitler que la tecnología moderna, juntamente con la pérdida cada vez mayor de fe en nuestra civilización, habrá de permitirle a unos pocos caudillos ambiciosos volver al común de los hombres a su tradicional condición de siervos.

Puede que tenga razón . . . Pero, puede también que ese "algo" que ha concluído no sea la época en que los hombres fueron lo bastante ingenuos

para luchar por la democracia, sino la época en que fueron lo bastantes indolentes para consentir que se la traicionara. La democracia, en cuanto se entienda por ella un credo político jactancioso, gárrulo y que no pide sacrificios, ha muerto a manos de Hitler. La democracia, en lo que entraña como norma de conducta, como lucha ordenada a la creación de instituciones que acerquen al hombre a su antiguo ideal de "igualdad de derechos para todos y privilegios especiales para nadie", ni ha muerto aún, ni tiene necesariamente que morir.

Los hombres están aguardando dondequiera la señal que les anuncie que aquellos que creen en la libertad se hallan dispuestos a cerrar filas para enfrentárseles a los que propugnan la esclavitud. Si la revolución aparece triunfante, débese sólo a que nadie ha hecho todavía esa señal.

Los hombres están anhelando que se les depare una segunda ocasión de hacer que fructifique la libertad; de poner la libertad, al servicio de la decencia. Es América la que puede depararle a la humanidad esa ocasión.

Tomado de Selecciones del Reader's Digest
Noviembre de 1941. Tomo 3, Nº 12, página 55.

La tumba de los Médicis

Por Berta María Feo

Tras los viejos muros de San Lorenzo se ocultan dos maravillas que encierran bellezas capaces de competir ventajosamente con las que se admiran en la *"Sala de Las Gemas"*, galería espléndida del *Palazo Degli Ufizi*. Si en esa sala se permanece en silencio porque no se encuentran términos suficientemente elevados para elogiar el *Pancracio*, célebre griego que representa la lucha de dos jóvenes desnudos, rival del *Laoconte* y la *Venus de Médicis*, llevada a Florencia por Cosme III, que tiene mucha semejanza con la *Venus Capitolina* de Roma, en San Lorenzo, antiquísima iglesia de arquitectura extraña, en forma de T, restaurada por Brunelleschi se siente hondo estupor en la *Capilla de los Príncipes*.

Salón octagonal, decorado con mármoles de colores ricamente combinados con mosaicos y bronces dorados, donde reposan las cenizas de los grandes duques de Toscana. Coronado por una cúpula circular, tapizada, así como los muros y el pavimento, del más precioso mármol verde incrustado de diaspro bellísimo, cuya dureza exige ser tallado con diamantes; de lapislázuli y pórfido, es un derroche imponderable de opulencia y gusto exquisito que raya en lo fantástico. La labor del Hércules de la arquitectura, brilla en cada detalle con tempestuosa inspiración, mostrando que los cinceles fueron sus instrumentos favoritos, y la regia esplendidez con que aquellos mercaderes enriquecidos por el comercio, al ceñir la principesca diadema supieron gastar sus colosales tesoros. Pero, es la Sacristía Nueva anexa a la Capilla, la que deslumbra, la que tiene la supremacía